

LOS PUNTOS CRUCIALES DE LOS ÍTEMS PRINCIPALES DEL RECOBRO ACTUAL DEL SEÑOR

(Sábado: primera sesión de la mañana)

Mensaje siete

La unidad del Cuerpo de Cristo

Lectura bíblica: Jn. 17:21-22; Ef. 4:1-6; Hch. 1:14; 1 Co. 12:15-22; 2 Co. 10:13-15

- I. **Puesto que es difícil entender la unidad revelada en las Escrituras, el Señor Jesús en Juan 17 oró en cuanto a la unidad, en vez de hablar acerca de ella como parte de Su discurso a Sus discípulos:**
 - A. El Padre y el Hijo son uno (vs. 11, 21), y esta unidad implica, o incluye, al Espíritu.
 - B. El Señor usó el pronombre plural *Nosotros* (vs. 11, 21) para representar al Dios Triuno.
 - C. El Dios Triuno es uno solo, y esa unidad es un modelo de la unidad del Cuerpo de Cristo.
 - D. La unidad del Cuerpo de Cristo es la unidad agrandada de la Trinidad Divina—v. 21.
 - E. La base de nuestra unidad es la unidad por la cual el Señor oró:
 1. Esta unidad está en el nombre del Padre por la vida eterna—vs. 2, 6, 11.
 2. Esta unidad está en el Dios Triuno mediante la santificación por la santa palabra—vs. 14-21.
 3. Esta unidad está en la gloria divina para la expresión del Dios Triuno—vs. 22-24.
 - F. El Señor oró al Padre por la unidad entre todos Sus creyentes para que ésta se uniera a la unidad genuina de la Trinidad Divina—vs. 21-23.
- II. **Necesitamos ver la unicidad del Cuerpo de Cristo: hay un solo Cuerpo en el universo—Ef. 4:1-6; 2:19; 1 Ti. 3:15; Ef. 5:23-25; 2:15; Col. 3:11; 1 Co. 12:12.**
- III. **La práctica de la unidad es la unanimidad; la unanimidad es la llave maestra que nos da acceso a todas las bendiciones contenidas en el Nuevo Testamento—Hch. 1:14; 2:46; 4:24; 5:12; 15:25; Ro. 15:6.**
- IV. **Hay cinco frases en Efesios 4:1-3 que nos dan una manera práctica de guardar la unidad del Espíritu (la unidad del Cuerpo de Cristo), la cual equivale a poner en práctica la unanimidad: *humildad, mansedumbre, longanimidad, soportándoos los unos a los otros en amor y el vínculo de la paz*; estos cinco ítems constituyen una prueba para nosotros en la práctica de la vida de iglesia; mediante esta prueba podemos ver si estamos o no en la vida de iglesia de manera práctica:**
 - A. No debemos establecer un estándar elevado para los demás, sino que debemos amar en humildad a los más débiles:
 1. Mientras tomemos algo que no sea Cristo como nuestro estándar, no tenemos humildad; si proponemos un estándar elevado, no somos humildes en nuestra mente y actitud.

2. No importa cuán bueno, celestial o espiritual sea algo, mientras sea algo aparte de Cristo mismo, ello causará división.
 3. Los que son más débiles, los jóvenes y los que se han descarriado necesitan más amor en el Señor; amarlos solucionará la mayoría de sus problemas; de no ser así, estableceremos un estándar elevado proveniente del orgullo, y no de la humildad.
- B. Tenemos que sacrificarnos a nosotros mismos para ser mansos en nuestra actitud—Nm. 12:3; Mt. 5:5:
1. La palabra griega traducida “mansedumbre” implica afabilidad, ternura y falta de egoísmo.
 2. La mansedumbre consiste en una actitud generosa que es afable y tierna, que nunca discute a favor de sí y que nunca se justifica a sí misma—2 Cr. 1:10; Col. 2:2-3; Fil. 4:5.
 3. A fin de ser mansos, tenemos que sacrificarnos a nosotros mismos, sin tener en cuenta cómo nos traten los demás; en la vida de iglesia no podemos tener una actitud áspera, dura o cruel.
 4. A fin de tener la actitud apropiada, no podemos ser egoístas; la falta de egoísmo produce mansedumbre, afabilidad y ternura.
 5. En muchas iglesias locales, los problemas provienen principalmente de actitudes indebidas, descuidadas, frías y ásperas; Satanás siempre utiliza las actitudes descuidadas para atacar la iglesia—Ef. 6:16.
 6. A fin de llevar la vida de iglesia, necesitamos aprender que ello es algo muy fino, no áspero; según el tipo, la iglesia es una ofrenda de harina corporativa, una torta, hecha de flor de harina—Lv. 2:1-5; 1 Co. 10:17.
- C. Tener longanimidad es sufrir el mal trato; tener longanimidad principalmente se relaciona a lo que hablamos:
1. Es posible que un hermano sea injusto con nosotros, pero por causa de la gloria del Señor y por el bien de la vida de iglesia, no debemos emitir palabra alguna sobre ello; verbalizar, expresar y hablar acerca de todo lo que nos sucede no requiere ninguna longanimidad ni paciencia.
 2. Si vemos que los hermanos que llevan la delantera están discutiendo, podríamos acudir a otro hermano de inmediato para contarle lo sucedido; sin embargo, si hemos aprendido la lección, por causa de la gloria del Señor y por el bien de Su iglesia, no diremos palabra alguna.
 3. Si aprendemos a conservar nuestras palabras de tal manera apropiada, comprenderemos el verdadero significado de la palabra *sufriendo* en la vida de iglesia.
 4. Inmediatamente después que se da un mensaje, podríamos comenzar a criticar al orador, pero si hemos aprendido la lección, no diremos nada negativo acerca del ministerio, sin importar lo que podamos sentir al respecto, por el bien de la práctica de la vida de iglesia; nuestras bocas estarán bajo el control del Espíritu Santo.
 5. Lo que decimos y nuestras conversaciones ocasionan más daño a la iglesia que cualquier otra cosa; cuando una anécdota llega a ser de segunda mano, comienza a cambiar, y finalmente puede llegar a ser una gran exageración; éste siempre es el caso con los rumores.

6. A fin de aprender la lección de la longanimidad, necesitamos experimentar el sufrimiento de restringir nuestra boca y detener nuestra lengua; es posible que veamos y oigamos muchas cosas, pero no debemos emitir palabra alguna sin la unción y la dirección del Espíritu Santo para que la vida de iglesia no sufra daño.
- D. A fin de soportarnos los unos a otros en amor, necesitamos luchar en contra de la sospecha y el temor en la vida de iglesia:
 1. En lugar de la sospecha y el temor, debemos tener solamente amor; el amor debe prevalecer en la vida de iglesia; el amor es el camino más excelente mediante el cual podemos llegar a ser alguien o hacer algo en la vida de iglesia—12:31b.
 2. Tener sospechas hacia un hermano quiere decir que nuestro amor se ha desvanecido; luego, después de la sospecha, vendrá el temor; en 1 Juan 4:18 se nos dice: “En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor”.
 3. Siempre enfrentamos la tentación de conocer cuál es la actitud que otros tienen hacia nosotros, cómo nos consideran y qué han dicho acerca de nosotros; a fin de llevar a cabo la vida de iglesia, tenemos que rechazar esta tentación—cfr. Ec. 7:21-22.
 - E. Necesitamos ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz:
 1. Si sólo tenemos paz con Dios y no con todos los hermanos, hemos perdido la vida de iglesia; la vida de iglesia es puesta a prueba por la paz que tengamos, no sólo en un sentido vertical con Dios, sino también en un sentido horizontal con todos los hermanos.
 2. No debemos relacionarnos excesivamente ni relacionarnos muy poco con nadie; el vínculo de la paz es la relación equilibrada que existe en la iglesia.
- V. Si nos asimos de Cristo como Cabeza (al reconocer que sólo Él es la Cabeza y al estar absolutamente bajo Su autoridad), no podemos tener diferentes interpretaciones de las Escrituras—1 Ti. 1:3-4; Col. 2:19:**
- A. Las diferencias surgen cuando alguien no está asido de la Cabeza, pues no es posible que Él le diga una cosa a un miembro y algo distinto a otro.
 - B. Cristo es la única autoridad en el Cuerpo; el lugar que corresponde a todos los miembros es el de asirse de la Cabeza y reconocer que Él es la autoridad única y suprema en todas las cosas.
- VI. Siempre debemos considerar al Cuerpo, cuidar del Cuerpo, honrar al Cuerpo y hacer lo que es mejor para el Cuerpo—1 Co. 12:12-27.**
- VII. “Cuando el hermano Nee enseñó acerca del Cuerpo, él dijo que en todo lo que hacemos debemos considerar cómo se sentirían las iglesias al respecto” (*The Problems Causing the Turmoils in the Church Life*, págs. 28-29).**
- VIII. En el Cuerpo no puede haber independenciam ni individualismo, pues somos miembros, y los miembros no pueden vivir separados del Cuerpo—v. 27; Ro. 12:5; Ef. 5:30:**
- A. Cuando hay revelación del Cuerpo, allí tenemos conciencia del Cuerpo, y cuando

hay conciencia del Cuerpo, allí queda eliminado todo pensamiento y acción individualistas.

- B. Lo que no sé, otro miembro del Cuerpo lo sabrá; lo que no puedo ver, otro miembro del Cuerpo lo verá; lo que no puedo hacer, otro miembro del Cuerpo lo hará—1 Co. 12:17-22.
- C. Si rechazamos la ayuda que nos ofrecen los demás miembros, rechazamos la ayuda de Cristo; tarde o temprano, todos los cristianos individualistas se secarán—v. 12.

IX. Nosotros, como miembros del Cuerpo, tenemos que permitir que los demás miembros nos limiten, sin ir más allá de nuestra medida:

- A. Dios ha colocado a todos los miembros en el Cuerpo, como Él quiso—v. 18:
 - 1. La Cabeza nos establece en nuestro lugar especial en el Cuerpo y nos dirige hacia nuestra función especial—Ro. 12:4; 1 Co. 12:15-17.
 - 2. Cada uno de nosotros, los miembros, tiene su propio lugar en el Cuerpo de Cristo; Dios ha asignado este lugar y nosotros debemos aceptarlo.
 - 3. Puesto que tal asignación es conforme a la voluntad de Dios, cada miembro es necesario; cada miembro tiene un lugar determinado, una asignación determinada y una porción particular con la cual él sirve el Cuerpo de Cristo—vs. 18-22.
 - 4. Cada miembro tiene sus propias características y su propia capacidad; estas características constituyen el lugar, la posición o el ministerio de cada miembro—Ro. 12:4-8.
- B. Un requisito básico para el crecimiento y desarrollo del Cuerpo es que reconozcamos nuestra medida y no vayamos más allá de ella—Ef. 4:7, 16:
 - 1. Cuando vamos más allá de nuestra medida, interferimos con el orden establecido en el Cuerpo.
 - 2. Tener más alto concepto de nosotros que el que debemos tener, sin tener cordura, equivale a anular el orden apropiado de la vida del Cuerpo—Ro. 12:3.
- C. Al igual que Pablo, debemos movernos y actuar conforme a la medida que Dios nos asignó en el Cuerpo de Cristo, permaneciendo dentro de los límites fijados por la regla de Dios, es decir, por lo que Dios ha medido para nosotros—2 Co. 10:13-15; Ef. 4:16; 2 Ti. 4:5.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

**CINCO ASUNTOS ÚTILES
PARA PONER EN PRÁCTICA LA VIDA DE IGLESIA**

Hay cinco frases en Efesios 4:1-3 que nos dan la manera práctica de guardar la unidad: *humildad, mansedumbre, longanimidad, soportándoos los unos a los otros en amor y el vínculo de la paz*. No debemos pensar de inmediato que sabemos lo que significan todos estos términos. Es posible que conozcamos el significado de estas frases según el diccionario, pero quizás no conocemos la realidad de las mismas. Podemos saber lo que son estos asuntos principalmente por nuestra experiencia. Según mi experiencia y lo que he aprendido en el pasado, estos cinco asuntos constituyen una prueba para nosotros en la práctica de la vida de iglesia. Mediante esta prueba podemos ver si estamos o no en la vida de iglesia de manera práctica.

**No establecer un estándar elevado,
sino amar en humildad a los que son más débiles**

En primer lugar, nunca debemos establecer un estándar elevado para los demás. No establecer un estándar constituye la verdadera práctica de la humildad. Puesto que, por la soberanía del Señor, nací y fui criado en el cristianismo organizado, formal y fundamentalista, he entrado en contacto con muchas y diversas escuelas, sectas y denominaciones. Aunque varias son buenas, es difícil encontrar alguna que no establezca un estándar elevado. Algunas afirman que toman la cruz como su norma, y otras dicen que la santidad, la vida interior o la espiritualidad son su norma. Conocí un grupo pequeño de personas que incluso aseguraba que su estándar era la plenitud de Cristo. Aun la plenitud de Cristo podría ser un estándar elevado que establecemos. Mientras tomemos algo que no sea Cristo como nuestro estándar, no tendremos humildad. Si proponemos un estándar elevado, no somos humildes en nuestra mente y nuestra actitud.

Nuestro estándar no es la experiencia subjetiva de la cruz, ni la vida de resurrección de Cristo, ni el don de hablar en lenguas, ni la sanidad ni la obra misionera. Tener una obra misionera no es equivocado. De igual manera, hablar en lenguas, tener sanidad, predicar la cruz, tener la vida de resurrección o practicar la santidad tampoco es equivocado. Lo que sí es equivocado es si hacemos de éstos un estándar. No importa cuán bueno, celestial o espiritual sea algo, mientras sea algo aparte de Cristo mismo, ello causará división. Es por eso que actualmente hay una iglesia “de la santidad”, por ejemplo. Aun si un grupo no se denomina a sí mismo en base a un estándar, en principio sigue siendo una división. Ni siquiera debemos afirmar que Cristo es nuestro estándar de una manera divisiva.

Afirmar un estándar espiritual ha ocasionado mucho daño en el pasado entre todos los cristianos. Cuanto más espirituales son los cristianos, más ellos matan a otros espiritualmente, porque una vez alguien llega a ser espiritual en cierta medida, él establece esa espiritualidad como un estándar para los demás. De esta manera su espiritualidad llega a ser algo que mata a los demás. Aquellos que establecen cierto estándar a menudo dicen que ciertas personas no alcanzan su norma. Esto equivale a matar. No importa qué clase de persona alguien sea, debemos tratarlo o tratarla de la misma forma que tratamos a todos los demás. Muchas veces se nos hace fácil tratar a las personas espirituales de una buena manera, pero no es fácil tratar apropiadamente a los que son débiles, jóvenes o los que están vagando. Tratar a las personas distintamente causa daño a la vida de iglesia. En la iglesia y entre los cristianos necesitamos tratar a todo el mundo de la misma forma, indistintamente de la espiritualidad que él o ella tenga.

Independientemente de si alguien es espiritual o no y de si ama mucho al Señor o no, tenemos que tratarlo de igual manera que a los demás. Por la misericordia del Señor debemos tratar a aquellos que no aman al Señor de una manera mejor que cómo tratamos a aquellos que sí lo aman. Si delante de nosotros hay uno que se ha apartado de la fe y una persona espiritual que lleva la delantera, ¿a quién amaremos más? Esto nos pone a prueba. Probablemente amaríamos más a la persona espiritual, pero esto no está bien. Todos deberíamos amar más al que se ha descarriado. El otro hermano ya es espiritual, así que no tiene tanta necesidad de nuestro amor y cuidado. No obstante, el pobre hermano que ha vuelto atrás ciertamente necesita nuestro cuidado. Si lo amamos, es posible que no siga estando descarriado. Será traído de regreso por nuestro amor. Muchas veces lo que hace que algunos se aparten más de la fe es sencillamente nuestra actitud fría. Es posible que él no regrese a la iglesia sencillamente porque no puede soportar las caras tan frías. Los que son más débiles, los jóvenes y los que se han descarriado necesitan más amor. De mis pasadas experiencias he aprendido que en la iglesia

no debemos apreciar sobremanera a los que son espirituales. Antes bien, debemos amar a los que son más débiles, carnales y anímicos, y así los que tienen problemas solucionarán la mayoría de sus problemas. De no ser así, estableceremos una norma elevada proveniente del orgullo, y no de la humildad.

Si evitamos establecer un estándar, tendremos la verdadera humildad. Tendremos una mentalidad humilde y no altiva. Amaremos a los que son más débiles, a los más jóvenes y a los que se han descarriado porque el Señor los ama. Según los cuatro Evangelios, cuando el Señor estaba en esta tierra, Él les mostró más amor a los pecadores y recaudadores de impuestos que a quienes eran buenos. Esto era verdadera humildad y modestia. Tener verdadera modestia equivale a no establecer ninguna norma entre nosotros. Ésta es la manera práctica de llevar la vida de iglesia. La vida de iglesia es muy espiritual, pero en la iglesia también hay muchos que se han vuelto atrás. La iglesia es una familia, no una universidad. En una universidad casi todos están en el mismo grupo etario, entre aproximadamente los dieciocho y los veintitrés años, pero en una familia también hay algunos que son más jóvenes, más débiles e incluso infantiles. La vida familiar es un cuadro de la iglesia. Hace veinte años enfatizaba nuestro estándar de espiritualidad más de lo que lo enfatizo hoy. Hoy puedo estar delante de ustedes y decir que en la iglesia nunca debemos establecer un estándar espiritual elevado para los demás. Más bien, tenemos que amar a todos, aun a los que son peores. En esto consiste poner en práctica la humildad genuina.

Sacrificarnos a nosotros mismos para ser mansos en nuestra actitud

El versículo 2 luego menciona la mansedumbre. No tener un estándar elevado es una prueba de nuestro motivo respecto a la humildad. Nuestro motivo tiene que consistir en amar a todos en humildad, sin tener en cuenta norma alguna. Sin embargo, la mansedumbre tiene que ver con nuestra actitud. Nuestra actitud debe ser una de mansedumbre. La palabra griega traducida “mansedumbre” implica afabilidad, ternura y falta de egoísmo. La actitud que nosotros tenemos en la iglesia debe ser afable y mansa. Por lo tanto, no tenemos excusa alguna; todos necesitamos ser quebrantados. Si somos egoístas, nunca podremos ser genuinamente mansos; más bien, nuestra mansedumbre será falsa. Sólo las personas que no son egoístas tienen mansedumbre genuina. A fin de ser mansos, tenemos que sacrificarnos a nosotros mismos. Cuanto más nos sacrifiquemos a nosotros mismos, más mansos seremos. Por ejemplo, si alguien toma nuestra Biblia y no la devuelve, nos será difícil ser mansos en nuestra actitud hacia él. Sin embargo, si tenemos un espíritu de sacrificio, estaremos dispuestos a sacrificar una Biblia por nuestro hermano. Diremos: “No se preocupe. ¡Alabado sea el Señor! Por favor, úsela”. Esto equivale a ser mansos en nuestra actitud.

En este capítulo no doy un estudio expositivo de Efesios 4:1-3 como mera enseñanza bíblica; más bien, hablo según mi experiencia. Si dos hermanos se sientan uno al lado del otro, es posible que uno sea descuidado y le pegue una patada al otro. De manera similar, si dos hermanas se sientan juntas en un pequeño banco, quizás una ocupe demasiado espacio y la otra tenga que esforzarse por retomar su mitad del banco. Éstas son pruebas respecto a asuntos pequeños, pero implican un gran principio. Debemos estar dispuestos a sacrificarnos a nosotros mismos sin tener en cuenta cómo seamos tratados. Si estamos dispuestos a sacrificarnos y ser generosos, seremos afables y mansos. Sólo las personas egoístas son duras y ásperas.

Nuestra actitud proviene de lo que somos. Si somos egoístas, tendremos una actitud dura y áspera. Si somos generosos, siempre seremos afables, mansos y tiernos de manera genuina,

no de manera falsa. En la vida de iglesia necesitamos esta actitud, y no una actitud áspera, dura o cruel. En una ocasión, un mesero en cierto restaurante derramó una taza de sopa en mi espalda. Si yo hubiese amado mi chaqueta, hubiese dicho con aspereza: “¿Qué estás haciendo?”. En cambio, por la misericordia del Señor pude ser manso. Les dije a los que me acompañaban: “Tengan paz. No se molesten”. La falta de egoísmo produce la mansedumbre, la afabilidad y la ternura. A fin de tener la actitud apropiada, no podemos ser egoístas.

Tenemos que aprender a tener la actitud apropiada. No debemos afirmar que nuestro corazón es sincero y nuestro motivo es correcto. Eso no es suficiente. Sólo el Señor conoce nuestro motivo. Nosotros no somos el Señor; somos humanos y no podemos ver el motivo que una persona tiene. Sólo podemos ver su rostro y su actitud. No es posible hablarle con aspereza a un hermano mientras afirmamos que tenemos un buen corazón y motivo. Por lo tanto, a fin de conservar la vida de iglesia apropiada, todos tenemos que aprender a experimentar un cambio en nuestra actitud. En este asunto necesitamos el verdadero quebrantamiento.

En muchas iglesias locales, los problemas provienen principalmente de actitudes indebidas, descuidadas, frías y ásperas. Tener la actitud correcta no es algo insignificante. Satanás, el insidioso, utilizará incluso un poco de descuido en la manera en que un hermano saluda a otro. Él lanzará un dardo de fuego a la mente del hermano (6:16), y cuando el hermano esté en la cama esa noche, tendrá pensamientos atribulados acerca de la actitud del otro hermano. Esto creará cierta cantidad de problemas. El próximo día ese hermano será áspero con el otro, ocasionando que el otro hermano tenga una reacción adicional. Finalmente, ese único saludo descuidado causará una reacción en cadena; habrá un cisma entre los dos hermanos, y como resultado habrá muchos malentendidos. No hablo de forma especulativa. En el pasado he visto problemas ocasionados sencillamente por esta clase de reacción, producto de nada menos que un poco de descuido.

A fin de llevar la vida de iglesia, necesitamos aprender que ello es algo muy fino, no áspero. Según el tipo, la iglesia es una torta hecha de flor de harina (Lv. 2:1-5; 1 Co. 10:17). Cualquier cosa que sea burda o áspera no encaja con la vida de iglesia. No quiero decir que necesitamos ser amables de manera mundana o religiosa. Más bien, debemos tener una expresión fina hacia los hermanos y hermanas, comportándonos y conduciéndonos de una manera fina. Nuestra actitud es el elemento más importante. Si estamos dispuestos a confiar en el Señor para que nos conceda una actitud apropiada, seremos salvos, librados y guardados de muchos malentendidos. Casi todos los malentendidos provienen de nuestras actitudes descuidadas. Satanás siempre utiliza las actitudes descuidadas para atacar la iglesia. Es por esto que tenemos que ser cuidadosos con otros, no sólo por el bien de ellos, sino aún más por causa del insidioso. El insidioso está aquí entre nosotros, así que necesitamos ser cuidadosos. En nuestra actitud no debemos presentar descuido del cual el enemigo se pueda aprovechar utilizándolo luego para atacar.

La mansedumbre es cuestión de una actitud generosa que es afable y tierna, que nunca discute a favor de sí, y nunca se justifica a sí misma. Digo nuevamente, no estoy presentando Efesios 4:1-3 según la mera enseñanza bíblica. Hablo algo de mis pasadas experiencias respecto al sentido práctico de la vida de iglesia. Sufrí mucho debido al descuido en mi actitud en los primeros años de mi ministerio, aunque el Señor puede testificar que mi motivo fue puro. Mi motivo era bueno, pero las personas no podía ver mi motivo; ellas sólo podían ver mi actitud. Por lo tanto, tenemos que ser cuidadosos en nuestra actitud y siempre debemos ser mansos, afables, tiernos, amables y sin tener pretextos. De otra forma, tendremos la actitud equivocada, y esta actitud indebida será aprovechada por el enemigo para atacarnos. Esto no es un asunto insignificante. Es algo de suma seriedad.

Tener longanimidad al ser restringidos en nuestro hablar

Efesios 4:2 también habla acerca de la longanimidad. Según mi experiencia, la longanimidad tiene que ver con lo que hablamos. En la iglesia tenemos que ser cuidadosos respecto a nuestro discurso y nuestras conversaciones. Evitar decir algo conforme a nuestro deseo particular es un verdadero sufrimiento. Si podemos soportar este sufrimiento, podremos soportar cualquier sufrimiento. Es posible que un hermano sea injusto con nosotros, pero por causa de la gloria del Señor y por el bien de la vida de iglesia, no debemos emitir palabra alguna sobre ello. Éste es el ejercicio de la longanimidad que se menciona en el versículo 2. Si no hemos aprendido esta lección, entonces cada vez que algo nos suceda, hablaremos de ello. Si un hermano nos hace daño, de inmediato le diremos a nuestro cónyuge y luego usaremos el teléfono para contarle la historia a alguien más. Puesto que no somos capaces de soportar nuestro sufrimiento, relatar lo sucedido a las personas nos hace sentir cómodos. Verbalizar, expresar y hablar acerca de todo lo que nos sucede no requiere ninguna longanimidad ni paciencia.

Si vemos que los hermanos que llevan la delantera están discutiendo, podríamos acudir a otro hermano de inmediato para contarle lo sucedido. Es posible que hacer esto nos haga sentir ligeros y cómodos, y que cuanto más hablemos de esta manera, más lo disfrutemos. Sin embargo, si hemos aprendido la lección, por causa de la gloria del Señor y por el bien de Su iglesia, no diremos palabra alguna. Más bien, acudiremos con lágrimas al Señor. Si nuestra querida esposa viene y nos pregunta por qué estamos llorando, sencillamente diremos: “No es nada por lo cual te tengas que preocupar. Alabado sea el Señor, ¡Aleluya!”. Decir: “No es nada” no es una mentira, porque realmente no es nada por lo cual ella deba preocuparse. No hay necesidad de decir algo a los demás; más bien, debemos tener longanimidad. Si aprendemos a conservar nuestras palabras de tal manera apropiada, comprenderemos el verdadero significado de la palabra *sufrimiento* en la vida de iglesia.

No obstante, nuestra experiencia es lo contrario, pues a menudo no sufrimos porque preferimos hablar. Nos gusta hablar acerca de todo lo que vemos y todo lo que sucede. No hay carga ni yugo que llevar en esta práctica impropia. Inmediatamente después que se da un mensaje, podríamos comenzar a criticar al orador, diciendo: “Ése fue un mensaje muy pobre. Su lenguaje era entrecortado, su acento no era correcto, sus expresiones no eran muy impresionantes y no estoy de acuerdo con lo que enfatizó”. Quizás, cuanto más alguien hable de esta forma, más cómodo se sienta. De nuevo, si hemos aprendido la lección, no diremos nada negativo acerca del ministerio, sin importar lo que podamos sentir al respecto, por el bien de la práctica de la vida de iglesia. Nuestras bocas estarán bajo el control del Espíritu Santo. Si al regresar a casa nuestros hijos nos preguntan qué dijo el orador, seremos muy cuidadosos con nuestras palabras. Si ponemos esto en práctica, sufriremos de manera apropiada.

Lo que decimos y nuestras conversaciones ocasionan más daño a la iglesia que cualquier otra cosa. A algunos les gusta hablar en persona y a otros les gusta escribir cartas. Tal parece que no hay necesidad de pagarle a *Western Union* para que envíe un telegrama. Si algo sucede en el ministerio aquí, en unos pocos días muchas iglesias fuera del país ya lo sabrán. Tenemos muchos “corresponsales” y “carteros” que trabajan sin paga para entregar las noticias. Si algo sucede el día del Señor, la próxima mañana un “cartero de la iglesia” vendrá para contarle lo sucedido. Esto no es una reprimenda; más bien, es lo que he observado por más de treinta años. Palabra tras palabra se promulga por llamadas telefónicas, cartas y contacto en persona. Esto no edifica nada; en vez de ello, ocasiona daño a la iglesia.

Si consideramos nuestro pasado, nos daremos cuenta de cuánto nos hemos involucrado

en esta práctica de propagar historias, creando así rumores sin tener conciencia de ello. Cuando una anécdota llega a ser de segunda mano, comienza a cambiar y, finalmente, puede llegar a ser una gran exageración. Éste siempre es el caso con los rumores. A fin de aprender la lección de la longanimidad, necesitamos experimentar el sufrimiento de restringir nuestra boca y detener nuestra lengua. Es posible que veamos y oigamos muchas cosas, pero no debemos emitir palabra alguna sin la unción y la dirección del Espíritu Santo. No podemos permitir que el enemigo utilice nuestra lengua para su propósito. No importa qué nos suceda, incluso si un hermano nos causa daño, no debemos decir ni una sola palabra. Si hemos aprendido la lección de la longanimidad, no disfrutaremos el hablar de manera indecorosa. En vez de ello, sufriremos al no decir nada. Éste es el significado apropiado de la longanimidad que se menciona en el versículo 2.

Nosotros ya hemos practicado la vida de iglesia en Los Ángeles por tres años. No obstante, si consideramos el pasado, veremos cuánto daño proviene de hablar muy libremente. Mediante nuestro descuido al hablar hemos causado muchos problemas. Hemos hecho que otros sufran y nosotros mismos también hemos sufrido. Finalmente, decidí tener longanimidad en lugar de otra clase de sufrimiento. De cualquier manera tendremos sufrimientos. Si no sufrimos mediante la longanimidad, sufriremos de manera negativa por lo que hablamos. Es mejor escoger por la longanimidad. Entonces seremos salvos del tipo de sufrimiento equivocado, y la iglesia será resguardada de cualquier daño. Nadie nos enseñó esta lección a manera de enseñanza bíblica, pero por la misericordia del Señor hemos aprendido esto por nuestra experiencia.

Soportándoos los unos a los otros en amor para evitar todo temor y sospecha

El versículo 2 termina diciendo: “Soportándoos los unos a los otros en amor”. A fin de soportarnos los unos a los otros en amor, necesitamos luchar en contra de la sospecha y el temor en la vida de iglesia. En lugar de estas dos cosas, debemos tener amor solamente. Tener sospechas hacia un hermano quiere decir que nuestro amor se ha desvanecido. Luego, después de la sospecha, vendrá el temor. Si dos hermanos sospechan el uno del otro, serán como espías el uno al otro. Esto producirá un temor mutuo entre ellos. A fin de llevar a cabo la vida práctica de iglesia, todos nosotros debemos levantarnos para pelear la batalla en contra de la sospecha. Si no hay sospecha, no habrá temor de unos hacia otros.

No podemos ceder terreno a la sospecha y el temor. Amamos a nuestros hermanos; no les tememos. En 1 Juan 4:18 se nos dice: “En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor”. No formamos parte de un círculo político, donde incluso los líderes sospechan los unos de los otros. Nunca debemos sospechar unos de otros, y tampoco debemos intentar espiarnos unos a otros. Si ciertos hermanos dicen algo acerca de nosotros, permitámoselo. No debemos intentar averiguar qué dicen. No debemos acudir a un hermano y decir: “Por favor, dígame de qué ellos hablaban”. Si hacemos esto, actuamos como políticos y no como hermanos. Más bien, debemos dejar este asunto en la mano soberana del Señor. Podemos decirle: “Señor, si es Tu voluntad que yo sepa, y si es para Tu gloria y por el bien de la vida de iglesia, Tú me lo harás saber por medio de algún canal”. No es necesario que preguntemos qué dijo alguien. Puesto que no tenemos sospecha alguna de los hermanos, tampoco sentimos temor hacia ellos. Por lo tanto, no hay necesidad de espiar.

A veces cuando ciertos hermanos se han acercado a mí para decirme algo, me percaté de lo que están haciendo, así que digo: “Hermanos, por favor no digan nada más. No prosigan”. Siempre enfrentamos la tentación de conocer cuál es la actitud que otros tienen hacia nosotros,

cómo nos consideran y qué han dicho acerca de nosotros. A fin de llevar a cabo la vida de iglesia, tenemos que rechazar esta tentación. No debemos tener sospecha alguna. Creemos en el Señor y consideramos que todos los hermanos son buenos. Por lo tanto, no hay necesidad de que sepamos demasiadas cosas. Sin importar cómo otros nos consideren y lo que digan acerca de nosotros, estamos en la mano del Señor. Si ponemos en práctica esta manera, la puerta le será cerrada al enemigo.

Si, al contrario, alguien siente sospecha, esto provocará una reacción, y esta reacción causará una reacción en cadena. Luego, no tendremos amor en la iglesia, sino sólo sospecha y temor. Tendremos una iglesia llena de “policías”. Llegaremos a ser, no un estado policial, sino una “iglesia policial”. En muchas ocasiones hemos sufrido a causa de esto. Quizás un hermano presente un informe, diciendo: “Vi a tres hermanos que hablaban en su casa hasta la medianoche”, o podría inquirir, diciendo: “¿Por qué no vi a ese hermano en la reunión de la mesa del Señor?”. Esta clase de hablar es el trabajo oculto propio de un espía. Esto perjudica a la iglesia. Esto no edifica; más bien, mata y derriba. Si realmente tenemos la intención de tener la vida de iglesia, tenemos que aprender la lección de ser cuidadosos con lo que decimos.

Guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz

Efesios 4:3 dice: “Diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. Si sólo tenemos paz con Dios y no con todos los hermanos, hemos perdido la vida de iglesia. La vida de iglesia es puesta a prueba por la paz que tengamos, no sólo en un sentido vertical, con Dios, sino también en un sentido horizontal, con todos los hermanos. Necesitamos esta clase de paz. No debemos relacionarnos excesivamente ni relacionarnos muy poco con nadie. El vínculo de la paz es la relación balanceada que existe en la iglesia. (*The Vision, Practice and Building Up of the Church as the Body of Christ*, págs. 161-170)